

# SPAIN

**CAREN BEILIN**

Traducción del inglés  
de Berta García Faet

los tres editores

## **SANJAY**

«Esos cruceros son una locura, de hecho yo estuve en uno. Comenzó a sonar una alarma y nos tuvimos que subir a los botes. Una locura, de verdad».

Kristen y yo estamos tomando algo –precio especial– en la azotea de un hostel en Sevilla. Paella y ponche con alcohol por siete euros. Qué coño. Sanjay ha estado hablando. Nos ha estado contando sobre un crucero y sobre comida callejera en la India. Es indio. Un aburrimiento. No un aburrimiento, pero existe una cosa que es la ansiedad de soportar algo que potencialmente, y en definitiva, es poco interesante. Ambas escudriñamos, en la azotea, la puesta del sol. «¿Es esto poco interesante?».

«El crucero estuvo bien, colega. Era uno de los buenos, pero saltó la alarma y fue un caos. Tuvimos que meternos en uno de esos botecitos, colega. ¡Todo el mundo tuvo que bajarse!».

Nos sentimos astutas. Somos dos mujeres viajeras y un hombre lleva un rato hablándonos en una azotea y, sí, hay hippies sevillanos tocando la guitarra aquí arriba y la paella se sirve con ponche, claro. Somos mujeres, somos escritoras. Estamos preocupadas, colega. Pensamos en ser precisas todo el tiempo; reflexionamos sobre el problema de extendernos demasiado, sobre cómo una mujer tiene que ser interesante, o querer decir algo rápido, o explicarse o rebajarse o ser sexo para ser leída o escuchada. Sobre lo crucial que debes ser, si no eres uno. Un hombre. Reflexionamos sobre *storytelling*, sobre ser mujeres y sobre si nuestro tiempo, por esta historia, ya está ocupado. Vale, saltó la alarma, Sanjay; vale, hiciste aquel crucero y se puso a sonar la alarma, *alarmante*. Las itálicas despiertan a las palabras. Un aburrimiento. Estamos pensando, Sanjay, que no has vivido tanto, aunque eres indio y nosotras somos mujeres gringas. Aquí estamos, en España. Estoy llena de picaduras de pulgas. A Kristen le han picado en el cuello, justo en la yugular: la picadura se ve como una ciruela sacrificada en la cuenca del corazón, ahí mismo en su piel, dentro, muerta. Podrías tratar de arrancársela, pero no puedes. Alguien la picó, Sanjay. ¿Ves esto? Este chico, este joven indio, más joven que nosotras –nos deberíamos haber dado cuenta–, no había estado aquí, ni le han picado. Somos mujeres. Nos han picado. Él piensa que todo lo que hace o le ha pasado, porque es un hombre, porque es una persona, es muy interesante. Mierda, Sanjay. ¿Todo lo que has experimentado es digno de hacer perder el tiempo? ¿De ser contado? ¿De esta azotea? ¿De

esta paella? Puta mierda. ¿Digno de esta hermosa puesta de sol?

«Todo el mundo enloqueció, sí. Saltó la alarma. Nos tuvimos que meter todos en los botes, muuuuuy loco».

El sol se está poniendo como si pariera de su ardiente y brillante coño un juego de cuchillos asesino, y tú, Sanjay, estás, ¿qué?, ¿contando que te alarmó algún tipo de alarma en el océano, en un bonito crucero que hiciste con tu familia o tus amigos, o algo así? ¿Y sigues contándolo? Nosotras también tenemos cosas que decir, Sanjay, cosas que desearíamos poder publicar. Hemos tenido que volvernos muy cruciales, ser muy cortantes. ¡Cortar nuestro propio trabajo! Yo, personalmente, he tenido que preñarme de un hombre de la industria editorial y parirlo a través del coño de mi escritura en llamas para que él la corte y la mate, en la mesa de carnicero de los partos, en mi escritorio en el hospital gringo, para poder al menos publicar destellos de un azul puro –más transparentes que todo esto– de noche sin puesta de sol.

No está bien. No está bien que tengamos que escucharte.

«No paraban de meter a toda la gente en los botecitos, ¿me entiendes? Muy loco».

A estas alturas estamos medio dormidas en la azotea. Somos como la gente que escucha a Marlow, en *El corazón de las tinieblas*, cuando cuenta toda su historia a lo largo de todo el libro, aburrido de principio a fin, y le *mansplainea* la colonización de África a un puñado de gente dormida, todos hombres, en un pequeño barco a merced de un

remolino, a veinte millas de Londres. Sigue hablando y hablando, Sanjay sigue hablando y hablando sobre el crucero y su sistema de alarmas.

Y, luego, solo un silencio perezoso. Es como si estuviéramos pendientes de algo, pero nada ocurre. Ni siquiera terminó de contar su estúpida historia, pero aquí estamos, como tontas, como mujeres, sentadas alrededor del no final de su relato. En este remolino. Por qué no terminas ya, coño, y nos dejas tranquilas.

Miro con desesperación, con amargura, el aire oscuro, haber sido tan desinteresada, haber temido el desinterés, durante tanto tiempo, con mi querida amiga, en España, el aire azul que se volvió blanco y luego oscuro, el pan untado de búhos (el sol está muerto), y es que tengo que preguntarlo, para acabar de una vez con Sanjay, para tomar las riendas de la conversación como suelo hacer cuando estoy con mi Kristen (es tímida mi amiga):

–Entonces, ¿qué pasó? O sea, ¿cuánto estuvieron en los botes?

Termina ya, Sanjay, vamos.

–No lo has entendido. El barco se hundió, colega.

## **SPAIN**

No fui a la boda de Aaron por alguna razón en particular. Escribo por nada. Porque sí. Cada vez que escribo por eso, es cínico.

Escribir bien, mi peor cinismo.

## PEZÓN

Mi padre me tocó el pezón. Tal vez fue un acto inconsciente, pero tuve que apartar su mano; o sea que sí, eso. En una calle de Filadelfia se me acercó para darme un abrazo, el primero que nos dábamos en años una vez que decidí dejarle volver –un poco– a mi vida, porque por qué no, porque el pasado no existe; quedamos para almorzar, pero en la antesala del restaurante, en la calle, alargó la mano y me tocó el pezón duro.

Mi pezón siempre está duro. Cualquiera de los dos. Son jóvenes y marrones y duros, e incluso largos. Son famosos entre mis amigos. Me daban vergüenza cuando era adolescente, y ahora están ocultos entre ligeras espumas fabricadas en algún lugar traicionero –en Bangladés–, pero cuando él me tocó uno no estaban ocultos. Aún no había aceptado ser adulta de ese modo, comprando sujetadores en Internet.

Mi padre estiró la mano hacia un pezón y lo tocó, su dureza, como un tumor expulsado, ornamental y succulento. Algo tan chupable para algunos. Tan duro que Freud lo llamaría masculino, como si los hombres envidiaran tener algo redondo, sus cabezas duras. Eran como redondeces en el centro de mis pechos pequeños, sus corazones hechos de pezuñas; de los pequeños nada cuelga. ¿De dónde los había sacado? Mi madre y mi hermana con sus grandes pechos colgantes. De él.

Estiró la mano y tocó uno. Le bajé la mano. Almorcé con él y con su novia.

Empecé a tener ataques de ansiedad una semana antes de mi vuelo. Tenía miedo de que me diera uno en el avión. No puedes bajarte de un avión. Apenas puedes moverte de tu asiento. Había estado teniendo ataques de ansiedad por todas partes, de repente. Tenía muchísima ansiedad. Esa mano que venía hacia mí. Tenía pesadillas y me acababa despertando. Me acercaba como la mano de Dios y conseguía sacar mi cuerpo de allí, sosteniéndolo bajo las sábanas en las que dormía. Me quedaba despierta. Nunca me han violado mientras dormía. Siempre me despierto, cargo mi cuerpo, cumplo con la tarea, me salgo a veces segundos antes de la inserción. No voy a dejar que suceda si puedo evitarlo, si no ha sucedido así. Tuve un ataque de ansiedad mientras me hacían acupuntura en grupo, justo una semana antes de mi vuelo. Te clavan las agujas por quince dólares en una habitación con todo el mundo, hola. Mi corazón latía tan deprisa que las agujas reaccionaban a mi pulso descontrolado. Se mecían sobre mi piel como finos termómetros del mismísimo océano. Mi hermana me dio uno de sus Xanax. «Si tienes miedo –me dijo–, tómate medio».

## **OVEJAS**

Una oveja es todas las ovejas.

Me quedé hasta que oscureció. Observé a las ovejas como carne viva.